

Antioquía y los países inmediatos, y desde entónces no dudó de la proximidad de su fin.

Como todos los desgraciados habian encontrado en él un refugio, y era el consuelo de los pueblos en las públicas calamidades, todos los habitantes de Antioquía, horrorizados con la ruina de su ciudad y de los países inmediatos, acudieron á refugiarse á su lado. De todas partes venian, llenando el aire con sus lamentaciones y gemidos. Los sacerdotes les precedian llevando levantadas las cruces y encendidos los incensarios, pidiéndole que uniese sus oraciones á las suyas para aplacar la ira del Señor.

No dudando ya Siméon que éste era el signo que habia de preceder á su muerte, hizo que le dejasen solo, y llamando á uno de los discípulos que más asiduamente estaban á su lado, le dijo : Veo que el tiempo que me ha sido marcado desde lo alto, va á cumplirse, y que el signo que Dios me habia manifestado es más terrible de lo que yo pensaba. Por esto he querido comunicártelo en particular, y recomendarte muy expresamente, que no permitas que mi cuerpo sea sepultado con otro hábito, que con el que llevo.

Sin embargo, los habitantes de Antioquía y de los países comarcanos no dejaban de venir, porque nadie se atrevia á estar en la ciudad, temiendo una nueva sacudida. Todos estaban al rededor de la columna, llenos de terror, abatido el espíritu, poniendo toda su esperanza en las oraciones de Simeón, y protestando con gemidos y lágrimas hallarse dispuestos á hacer cuanto les prescribiese para apaciguar la cólera del cielo.

Pasados cincuenta dias en esta triste situación, se celebraron los santos misterios con gran solemnidad. Era el día 29 de julio, y Dios, que queria hacer la muerte del Santo más ilustre que su vida, dispuso de tal manera las cosas, que se congregó más gente que nunca al rededor de

la columna. Hubiérase dicho, como asegura su historiador, que todos los pueblos se habian concertado para venir á darle el último adios y celebrar con más pompa sus exequias.

El Santo que con tan singular caridad habia distinguido á los habitantes de Antioquía, trató de consolarlos en su desgracia, y les exhortó encarecidamente á observar la ley de Dios. Les dió muchos consejos dignos de su fé y de su piedad, cual un buen padre habla á sus hijos. Despues añadió : Volved con confianza á vuestras casas : pasad tres dias en vigilia según la costumbre de la Iglesia, y despues podreis entregaros con toda tranquilidad á vuestros ordinarios asuntos : pues espero que el Señor tendrá misericordia de vosotros. Dicho esto, los despidió.

Treinta dias despues, ó sea el 29 de agosto que caia en sábado, hallándose con algunos de sus discípulos, se sintió á las once de la noche con tal debilidad de fuerzas, que indicaba una enfermedad mortal. Estuvo en esta situación hasta el mártes, y durante este tiempo, queriendo Dios manifestar con un prodigio cuán preciosa le era la muerte de este justo, hizo que el ardor del sol, que era tan violento, que no podia soportarse, fuese templado con un dulce céfiro, y se vió caer un rocío sobre el Santo, cuyo cuerpo exhaló un olor tan suave como jamás se habia percibido. Y lo más maravilloso era, que no se percibia más que desde la mitad de la columna hasta lo alto de su cabeza, desde donde se disfundia por todo el recinto. Como cosa extraordinaria en este prodigio, se observó que el olor de este perfume celestial no era siempre el mismo sino que variaba sucesivamente, como las olas del mar, dice su historiador, se suceden unas á otras.

Un discípulo que estaba acostado cerca de él, al sentir este olor milagroso, le dijo muy afablemente, y como para recrearle en el abatimiento á que le veía reducido : Hé aquí,

maestro, como os ama el Señor. Os ha dado dos pruebas muy evidentes : la una el haberse conragado en estos días una multitud tan grande de personas para recibir vuestra bendición, y la otra el olor celestial que despiden vuestro cuerpo, y que debeis considerar como una prenda de la recompensa que os está preparada. Pero puesto que pronto nos vais á dejar, os pido en nombre del Señor, á quién habeis amado desde la infancia, que me deis vuestra bendición.

El Santo se la dió con mucha ternura, pidiendo al Señor que le diese la suya ; pero al mismo tiempo le recomendó que no divulgase, ántes de su muerte, el milagro de este olor celestial, con que Dios le habia favorecido. Por último, el miércoles 2 de setiembre del año 459, según el cómputo de Assémani, hallándose congregados todos sus discípulos al rededor de la columna, así como un número muy considerable de todos los países, se inclinó de rodillas tres veces mirando al cielo, y como todo el pueblo, que tenia fijos sus ojos en él, le pidiese su bendición, dirigió sus miradas á todas partes, y bendijo á todos por tres veces. Después, mirando de nuevo al cielo, dejó inclinar su cabeza sobre el brazo de uno de sus discípulos, y entregó su alma á Dios.

Apénas hubo espirado, tuvieron sus discípulos que tomar precauciones para no ser ahogados por la muchedumbre, y para que no les arrebatasen violentamente el cadáver, pues todos se creían con derecho á él, llevaron una caja, y lo encerraron, esperando una ocasión para depositarlo en una tumba digna de sus santas reliquias.

La noticia de su muerte no tardó en propagarse por todas partes, siendo inexplicable el dolor que produjo en todos los ánimos. Todos tomaron parte en esta inmensa pérdida : se recordaban los actos de caridad que habia ejercido con todo el mundo : se referían sus prodigios : se enu-

meraban sus virtudes, se ensalzaban su humildad y los dones extraordinarios con que Dios le habia distinguido, y se admiraba la invencible paciencia con que habia sufrido una penitencia tan larga y desconocida. Pero al mismo tiempo que le lloraban, alababan á Dios por las gracias que sobre él habia derramado con tanta profusión, y se participaba del júbilo de su alma, que habia ido á gozar en el cielo de la recompensa debida á sus trabajos. Así es que su muerte fué al mismo tiempo un motivo de dolor y de gozo, de aflixión y de triunfo. Se mezclaron las lágrimas con los santos cánticos : no solamente el pueblo, sino el clero todo rindió á su memoria un tributo de dolor por su pérdida, de admiración á sus virtudes y prodigios, de homenaje á su santidad, y de gloria al Señor que le habia coronado.

Los habitantes de Antioquía no permitieron que se les disputase el honor de poseer sus preciosas reliquias. El patriarca, acompañado de muchos obispos y de su clero, se trasladó al lugar en que habia muerto, para llevarlo consigo. Ardaburo, hijo de Asparo, y nieto de otro Ardaburo, que era general del ejército imperial, vino con veintidós condes <sup>1</sup> y muchos tribunos y tropas romanas, tanto para impedir cualquier desorden, sino también para honrar al Santo.

Los obispos y los sacerdotes llevaron á hombros su

<sup>1</sup> El título de conde (*comes*) se aplicaba á funcionarios de muchos órdenes. En tiempo de la república romana se dió á los tribunos ; prefectos y escribas, que acompañaban á los procónsules, y á diversos oficiales civiles y militares enviados á las provincias. Más tarde tomó este título un carácter más elevado. En tiempo de san Simeón, el gran chabelán, el gran maestro de palacio, el director de hacienda, los comandantes del ejército y muchos gobernadores de ciudades y provincias se llamaban condes.

Se daba entónces el nombre de tribunos á diferentes funcionarios. Había tribunos militares, tribunos civiles, tribunos de hacienda, y tribunos que vigilaban sobre las fiestas públicas.

cuerpo hasta la aldea de Scihum, distante cuatro millas del recinto del Santo, y despues lo colocaron sobre un carro, que fué escortado por los oficiales, los magistrados y los guardias. Iban despues las tropas romanas, seguidas de una multitud considerable, que aumentaba á cada paso. Allí se veian ancianos, niños, mujeres y personas de toda condición, ansiosas de honrar aquellas reliquias, y de merecer por ello la protección del cielo. El humo de los perfumes y de las antorchas formaba en el aire una espacie de nube que producía triste oscuridad, á la que respondian las lamentaciones y llantos del pueblo, así como el cántico de los salmos. Todo lo cual formaba un concierto en extremo lúgubre y conmovedor. Cinco dias duró la marcha: pues el levantamiento del cadáver se verificó el lunes, y no llegaron á Antioquía hasta el viérnes.

Pero á cinco millas de la ciudad se detuvieron de pronto las mulas que arrastraban el carro en un lugar llamado Maro ó Méroe, sin que fuese posible hacerlas andar. Muy pronto se conoció la causa. Dios quiso enaltecer la pompa fúnebre con un brillante prodigio. Un energúmeno, á quien habia poseído el demonio, haciéndole sordo y mudo, y quitándole el uso de la razón, se hallaba retirado hacía muchos años en un sepulcro inmediato á aquel lugar. Estaba de ordinario sobre las gradas de este sepulcro á la vista de todos los que pasaban, que le oian rugir continuamente, sin que nadie se atreviera á acercarse. Cuando el carro llegó á esta paraje, fué detenido por una mano invisible, y al mismo tiempo una luz celestial ilustró la inteligencia de este desgraciado, que corrió precipitadamente al carro y se sintió enteramente curado tan luego como lo tocó. A vista de semejante maravilla, se levantó un grito universal: las mulas emprendieron nuevamente la marcha, y el agraciado con este singular beneficio siguió á las santas reliquias hasta la ciudad, haciendo oír su acción de

gracias, y publicando á grandes voces el favor que el cielo le habia concedido por mediación del Santo. Muchos dias perseveró el cadáver en la iglesia en que fué depositado, manifestando de esta manera su justo reconocimiento al Señor.

Todos lo habitantes que habian quedado en Antioquía salieron á recibir el santo cuerpo. El espectáculo no podia ser más magnífico y grandioso. El patriarca, los obispos, el clero, el duque Ardaburo con los oficiales y las tropas romanas, le conducian en triunfo. No se oian más que voces y gritos de gozo y de pena, exclamaciones y alabanzas. Por todas partes se escuchaba el canto de los salmos é himnos, y el aire exhalaba el suave olor de los perfumes que se quemaban. Con tan inusitada pompa entró el cadáver en la gran iglesia, comenzada por el emperador Constantino, y dedicada en el año 341 por noventa y siete obispos. Dice Cosme, que, como una prueba de distinción, se colocó el cadáver en un lugar en que ningún otro se habia depositado.

El Santo se apareció inmediatamente despues de su muerte á san Auxencio, que vivia en reclusión en Monte-Siope, próximo á Calcedonia, el cual, entre lágrimas y suspiros declaró á sus discípulos la muerte de Simeón, la cual fué por esta causa, conocida en la corte del emperador León, y confirmada al poco tiempo por las noticias recibidas de Antioquía.

Persuadido este príncipe de que, haciendo trasportar el cuerpo del Santo á Constantinopla, tendria un poderoso sostén para todo el imperio, además de que queria prestarle por sí mismo los honores que le eran debidos, mandó al patriarca y al general de las tropas que lo trasladasen á la ciudad imperial. Los antioquenses quedaron consternados con esta orden, y rogaron á Ardaburo, que suspendiese la orden, hasta que enviasen comisionados al emperador. Le

expusieron, pues, las calamidades que afligian á la ciudad : que los reiterados terremotos habian arruinado las murallas, y que no les quedaba otra defensa que los sagrados despojos del siervo de Dios. León se rindió á sus súplicas y se contentó con que le enviasen alguna reliquia.

Todo lo que habia servido en alguna manera al Santo fué piadosamente arrebatado ; pero en tiempo de Evagrio, ó sea más de cien años despues de su muerte, se conservaban en Antioquía las reliquias más considerables. Dice este historiador, que tuvo la dicha de ver su cabeza en presencia de varios obispos y de Gregorio, que gobernaba entonces la iglesia de Antioquía, la cual fué enviada á Filípico, general del ejército de Oriente, que habia pedido algunas reliquias para defender el imperio contra los persas.

Refiere Evagrio que no se habian caido sus cabellos, sino que se conservaban de la misma manera que cuando vivia. La piel de la frente estaba rígida y desecada, pero sin corromperse : sus dientes se hallaban bién encajados en los maxilares, y no faltaban más que los que violentamente se le habian arrancado para satisfacer la piedad de los fieles. Vió, por último, la cadena que llevaba al cuello, y que no se le habia quitado por respeto á este instrumento de su penitencia. No debemos olvidar que se obraban muchos milagros en su tumba, y aún en más número de los que habia realizado en vida.

Los habitantes de las inmediaciones edificaron cerca de la columna dos habitaciones con piedras secas, y nos consta por la vida de san Daniel, que habia también un monasterio en que este santo pasó catorce dias. Este monasterio se conocia con el nombre de Mandra de san Simeón. Despues se edificó una iglesia al rededor de la columna, la cual describe Evagrio. Estaba, dice este escritor, construida en forma de cruz, y embellecida de galerías en todo su exte-

rior, y su techumbre estaba sostenida por columnas de piedra muy bellas y bién trabajadas. La del Santo estaba en medio bajo una especie de cúpula. Sobre estas galerías habia una especie de azotea rodeada de dos balaustradas, una de las cuales estaba fuera, y la otra al lado de la columna.

Despues de esta corta descripción, habla Evagrio de un fenómeno que aparecia en esta iglesia, y de que él mismo fué testigo. « Hallándose, dice, reunido gran número de personas, y dando vueltas al rededor de la columna, ví una estrella de una magnitud extraordinaria, que brillaba con vivísima claridad en una ventana de la parte izquierda, la cual se agitaba dando vueltas y revueltas, desapareciendo y apareciendo de nuevo. Esto no sucede más que en el dia de la fiesta del Santo. Aseguran algunas personas muy dignas de fé, haber visto al Santo, andando de una parte á otra, con su larga cabellera y llevando en su cabeza la capucha, tal, en una palabra, como era en vida... lo que no tengo dificultad en creer despues de lo que yo mismo he visto. Todo los hombres tienen libertad para entrar en este lugar, y dar vueltas á la columna, tanto á pié como á caballo, pero no pueden entrar las mujeres, sin que yo sepa el motivo de esta prohibición. Permanecen á la entrada, y desde la puerta ven la estrella. » Tal es el relato de Evagrio.

Es de creer, según hace notar Bolando, que la prohibición impuesta á las mujeres de entrar en la iglesia del Santo, no era más que una consecuencia de la que éste les habia impuesto durante su vida, de entrar en el recinto de su clausura, al rededor de la columna. San Gregorio de Tours dice que esta prohibición, que subsistió despues de su muerte, era efecto de la admirable pureza que habia conservado durante toda su vida. Refiere además, que una mujer, que para entrar, se habia vestido de hombre, cayó

muerta en el momento en que puso el pié, lo que causó tanto terror en el pueblo, que ninguna otra se atrevió á intentarlo.

San Antonio, discípulo del Santo, refiere, que cuando éste estaba en la columna, una mujer concibió vehementes deseos de verle, y encontrando en el camino á unos soldados, tomó su traje militar, y les acompañó. Cuando llegaron á la puerta del recinto, les dijo : Yo me quedo al cuidado de los caballos, y despues que hayais recibido la bendición, iré yo á perderla. Pero cuando estaban al pié de la columna, el Santo les dió su bendición, y les dijo : « ¿ Habéis dejado á la puerta á algunos de vuestros compañeros ? Si, le respondieron, venerable Padre... Pues que se contente, añadió, con que Dios oiga su oración, y le de su bendición. Decidle, pues, que esté tranquila : que Dios ha oido su oración, y le ha dado su bendición. Viniendo á tomar sus caballos, le refirieron lo que habia dicho el Santo, y desearon saber como habia merecido esta gracia. Reconoció entónces la mujer que Dios le habia revelado sus intensiones, y confesó á los soldados, que era mujer, y que sólomente el deseo de ver al Santo la habia movido á vestirse de hombre, lo cual no habia podido conocer el Santo sino que por una luz celestial. Los soldados, en extremo maravillados, dieron gracias á Dios, y alabaron la caridad del Santo.

No podemos omitir lo que refiere el antiguo autor de la vida de santa Genoveva. « Habia, dice, en el Oriente un santo, llamado Simeón, que pasó cerca de cuarenta años sobre una columna, á algunas leguas de Antioquia, en la Siria. Este Santo « deseaba tener noticias de santa Genoveva por los mercaderes que veia : les mostraba una grande veneración hacia ella, y les decia que la interesasen, á que pidiese por él. » Este rasgo de la historia de la Santa confirma la eminencia de su virtud y el conocimiento que Dios

habia dado de ella al Santo desde un pais tan lejano.

Más adelante veremos que hubo otros dos Simones Estilitas, y algunos otros solitarios que practicaron el mismo género de penitencia ; pero el Santo, cuya historia acabamos de trazar es el que les dió ejemplo.

Entre las cartas de san Nilo se encuentran dos, dirigidas á un solitario llamado Nicandro Estilita, que vivia en tiempo de san Simeón. Tillemont duda que estas cartas sean de san Nilo. Como quiera que sea, Bulteau habla también de Nicandro, fundándose en lo que dicen estas cartas. « Cuando san Simeón estaba sobre su columna, dice, apareció en otra parte otro estilita llamado Nicandro, que no es conocido más que por dos cartas de san Nilo. Más ya sea que no hubiese tenido una virtud sólida, ó que no la hubiese conservado, demostró suficientemente que su espíritu era enteramente opuesto al de san Simeón, pues mientras que este santo no deseaba ser honrado, y no hablaba ni aun á su madre, Nicandro recibia con gozo los aplausos, y tenia siempre al lado de su columna á una porción de mujeres. Viendo san Nilo el peligro en que se hallaba su salvación, le reprendió agriamente su mala conducta, y le escribió, preguntándole en que pensaba : que considerase que era semejante á una serpiente condenada á arrastrarse sobre la tierra, pues en lugar de alimentarse con las verdades del cielo, se satisfacía con las falsas alabanzas y con vanas y peligrosas conversaciones, que eran cosas muy bajas y terrenas. »